



EDIQUID

JOSUÉ ANGELES

NOS HACEN FALTA GRIEGOS EN LA ESCUELA



Nos Hace Faltan Griegos En la Escuela

Josué Ángeles Ortega



NOS HACEN FALTA GRIEGOS EN LAS ESCUELAS

© Josué Ángeles Ortega

Editado por: Corporación Ígneo, S.A.C.
para su sello editorial Ediquid
José Olaya 169, Ofic. 504, Miraflores. Lima, Perú
Primera edición, enero, 2024

www.grupoigneo.com

Correo electrónico: contacto@grupoigneo.com

Facebook: Grupo Ígneo | X: @editorialigneo | Instagram: @grupoigneo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por leyes de ámbito nacional e internacional, que establecen penas de prisión o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Colección: Pensamientos

UNA EDUCACIÓN A LA GRIEGA



La paideía en la Antigua Grecia. Museo Nacional de Atenas.

Hoy en día, uno de los principales problemas del modelo educativo radica en la reticencia de los maestros, supervisores y funcionarios educativos a enseñar fuera de los planes autorizados por el Estado. Esta política puede justificarse argumentando que debe haber criterios de enseñanza que proporcionen las herramientas necesarias para que cualquier alumno que pase por el sistema educativo pueda integrarse exitosamente en la sociedad. Sin embargo, aunque las estrategias educativas se esfuercen al máximo, ninguna escuela ha logrado anticiparse a los constantes cambios sociales que modifican el rumbo del mercado y las preferencias laborales de millones de personas en todo el mundo.

Apegarse a programas obsoletos que deben pasar por extensos trámites burocráticos, los cuales pueden tardar años en aplicarse, retrasa en muchas ocasiones la oportunidad para que millones de estudiantes se actualicen frente al mundo que los rodea. Es comprensible que los sistemas educativos no tengan el alcance necesario para impulsar programas educativos innovadores o a la vanguardia, pero ¿prohibirlos? Ahí radica el problema. Los maestros que forman parte de la educación del estado, ya sea en escuelas públicas o privadas, deben cumplir con el requisito de enseñanza establecido por los libros autorizados por el gobierno. Esto se hace a raíz de que unos pocos empleados públicos en una oficina han decidido que esas son las enseñanzas pertinentes que deben ser absorbidas por la población estudiantil. Cualquier maestro que se aparte de la estructura definida por el gobierno se verá afectado mediante una prueba anual, en la cual tanto el plantel, el profesor como los alumnos pueden ser evaluados como de baja calidad o con poco aprendizaje.

Algunas escuelas privadas en el país mantienen cierta autonomía al proporcionar habilidades sociales, valores y, por supuesto, apuestan por la espiritualidad religiosa como un sentido de pertinencia y necesidad básica de su organización. No sorprende que, para acceder a ellas, los alumnos deban pagar en promedio mucho más que en cualquier institución pública. Entonces, ¿habrá alguna diferencia sustancial que refleje que el alumno que recibe un poco más de lo estrictamente solicitado por el Estado?

Al parecer, sí. Un estudio realizado por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2017 informa que los estudiantes provenientes de escuelas privadas presentan una ventaja significativa a la hora de ingresar a esa universidad pública. Siempre podemos señalar el bajo nivel de la escuela pública, a los profesores, directores, gobierno corrupto o la falta de interés de los alumnos, pero ¿y si reflexionamos sobre la estructura que plantea dicho sistema? ¿Qué hacen las escuelas privadas que las públicas no hacen? ¿Qué aprendemos de lo que estamos haciendo mal y proponemos soluciones a medida de las posibilidades de los sistemas educativos? Estas son algunas preguntas que me hice antes de iniciar el Programa Nacional para la Superación Integral A.C.

El programa ASI inició sus operaciones educativas a finales del año 2011, pero la idea de constituirse surgió en agosto de ese mismo año. Me encontraba en medio de los retos más grandes de mi vida, llevando a 128 jóvenes y adolescentes a la Jornada Mundial de la Juventud. Este evento reúne a adolescentes, jóvenes y adultos de todo el mundo en un espacio para compartir la alegría de la espiritualidad. Mi estancia como coordinador del grupo surgió

debido a mi experiencia en dos jornadas anteriores en Colonia, Alemania (2005) y Sídney, Australia (2008), así que tocaba ahora con la experiencia obtenida llevar a estas almas jóvenes a encontrarse con esta inigualable experiencia. Durante un workshop en una parroquia antes del encuentro principal, tuvimos la oportunidad de escuchar a un equipo de jóvenes franceses que trabajaban para su templo, ofreciendo servicios educativos integrales. Esta organización, extendida por toda Europa, permitía que los parroquianos accedieran a cursos sobre ingeniería agroalimentaria, turismo ecológico, *marketing* digital, entre otros, imagínese ese tipo de cursos en 2011; sin lugar a duda, la sociedad europea estaba implementando en comunidades lo que solo había en las universidades más adelantadas de nuestro país en aquel entonces. Al regresar a México, esta charla quedó como una anécdota que resaltaba la brecha educativa entre Europa y nuestra tierra.

Seis meses después, agotado por coordinar esa experiencia, recibí una llamada de uno de mis confesores de la época, el padre Daniel de la Acción Católica. Estaba preocupado porque algunos de mis excompañeros de la juventud católica le habían comentado que después de esa jornada mundial, al parecer, me encontraba un poco alejado de las acciones de la iglesia, y era totalmente cierto. El trabajo en la universidad y en la Comisión Estatal de Derechos Humanos generaba suficiente estrés como para dejar de pensar en las cosas de la iglesia. El día que recibí la llamada, aunque al principio pretendía alejarme de las actividades sociales para enfocarme en construir una vida «estable y segura», una parte de mí se alegró desde lo más profundo del alma. Sentía que había llegado el momento de algo, aunque no sabía exactamente de qué ni a qué nivel.

Cuando visité al padre, me dijo que quería hacer una asesoría. Él deseaba saber cómo podía ayudar a sus sacristanes y secretaria para que pudieran terminar la preparatoria. Los dos sabíamos que no era solo una asesoría. Yo sabía que mi interés por la academia era considerable y que tomaría cartas en el asunto. En el momento en que me mostró los nombres de ocho personas a las que quería ayudar, no dudé en decirle que existía un proceso llamado Ceneval, mediante el cual las personas podrían estudiar de manera autodidacta y así concluir su bachillerato mediante asesorías, sin necesidad de asistir a una exigente carga curricular entre semana. Mientras le explicaba cómo podría funcionar el programa, de repente vi en su rostro la sonrisa oculta del deber cumplido. Ya me había emocionado y, por supuesto, acepté el reto. Sin embargo, le comenté que podría ser una buena idea invitar a más personas a través de los avisos en el templo al final de la misa para que se integraran a los cursos y así poder costear el programa de estudio. Él me dijo que me presentaría en las misas del siguiente domingo, y ahí empezó realmente todo.

Los domingos solía dar avisos en la misa, algo que ya tenía dominado desde que me uní a los encuentros juveniles. Siempre concluía con alrededor de diez nuevos jóvenes a los cuales introducir al mundo de la espiritualidad. Sin embargo, ese domingo sería extraordinario. Eran las 8:00 a. m., y me encontraba con Jonathan, un adolescente que me había ayudado a crear los expedientes de viaje para la experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud. Ese día le pedí que apoyara de manera altruista para invitar a más personas a estudiar la preparatoria. Si lográbamos juntar un grupo de diez personas más, podríamos cobrarles 100 pesos a cada uno, y a él le podría dar 50 pesos por sábado,

apoyándome a pasar lista y recibir a los alumnos mientras llegaba el profesor de matemáticas, Juan Manuel Vargas, también amigo y compañero de innumerables batallas con adolescentes rebeldes. Después de él, seguiría yo con las materias sociales, siendo cuatro horas las que pasarían las personas estudiando en uno de los salones de la Acción Católica.

Casi al terminar la primera misa, me dispuse a invitar a las personas diciendo: «Queremos invitar a las personas que, por alguna situación familiar, de tiempo, económica o de trabajo, no hayan podido terminar el bachillerato. Se cobrará una pequeña cantidad, y las clases serán los sábados». Al salir, vi la cara de la gente, algo diferente, como si hubiera hecho algo que todos pensaban pero nadie se atrevía a hacer: regresar la educación formal a las iglesias.

Cuando Jonathan y yo nos quedamos esperando al final del templo con nuestra pequeña mesa plegable de plástico y las 10 fichas de inscripción que habíamos planeado, llegamos al final del día con 87 personas inscritas. Curiosamente, las fichas elaboradas con el programa Publisher se agotaron en los primeros cinco minutos después de terminar la misa. Tuve que ir en mi coche por mi impresora para que, a la mexicana, conectamos una *laptop* y la pequeña impresora de mi casa para seguir imprimiendo fichas todo el día. Ahí comenzó todo.

Seis meses después, estábamos utilizando ocho salones de la Acción Católica los sábados, así como el patio, las escaleras y cualquier rincón donde cupiera un pizarrón. Contábamos con doce maestros, y la gente seguía llegando sin necesidad de acudir a las parroquias para difundir el servicio. Fue en ese momento, al ver que Jonathan estaba recibiendo incluso más personas de las

que ya no cabían en el lugar, que caí en cuenta: la gente quiere superarse, quiere ser mejor, realmente quiere estudiar. El reflejo de la propaganda gringa en la que el mexicano está tirado con un sarape al lado de un nopal no era cierto. Las personas en este país quieren superarse; está en su naturaleza. A pesar de todos los esfuerzos por la educación, aún faltaba y sigue faltando. Las personas realmente quieren estudiar con calidad y calidez a un precio que puedan pagar. Fue entonces cuando tomé la decisión de crear y dar forma al Programa Nacional para la Superación Integral. Esta sería una organización que funcionaría con una proyección a largo plazo, en la que las cuotas fueran realmente accesibles para la comunidad, pero también pudieran obtener una formación como la de las más prestigiosas escuelas privadas. Sabía perfectamente lo que esta nueva escuela necesitaba, necesitaba griegos.

Desde el primer plan de trabajo elaborado en la ahora Asociación Civil educativa, se contemplaban cuatro ejes de forma y tres ejes de fondo. El primer eje de forma sería cambiar la palabra «escuela» por «comunidad educativa». El significado de la primera palabra está relacionado con la instrucción, lo que requiere que siempre haya un instructor; en relación con los maestros, es decir, alguien que te diga qué está bien y qué está mal. Esta forma de ver la educación debía cambiar en la nueva organización. En las *polis*, todos los griegos habían desarrollado la democracia para que la mayor cantidad posible de individuos pudiera participar en las decisiones de la comunidad. Por lo tanto, podríamos tomar el orden de las organizaciones escolares, así como la autoridad y procesos actuales. Sin embargo, los maestros, alumnos y directores debían ser parte de

una comunidad interesada en generar el objetivo principal, que era producir la mejor educación factible.

El segundo eje tiene que ver con el objetivo final de la organización: que las personas, al terminar el proceso de aprendizaje, se superaran. No era solo memorizar y pasar el examen final para poder certificarse. La finalidad del programa era que todos los alumnos fueran mejores personas después del tiempo transcurrido del proceso educativo. Cada uno, de forma individual, sabía si había logrado mejorar en su aspecto personal. Sin embargo, el programa brindará, durante la trayectoria, diversos cursos de desarrollo humano y espiritual que el alumno podría tomar de forma voluntaria para crecer en otros aspectos, no solo en el académico.

El tercer eje es que se incorporarán de manera constante los temas actuales en cuanto a la profesionalización, más allá de los temas oficiales requeridos. De esta manera, estaríamos invitando a personas que trabajaran en cualquier ramo que presentara innovaciones interesantes para la comunidad. Estar actualizados era una prioridad que no dependería de algún plan de estudios; siempre habría que ir un paso adelante.

El último eje de forma se refería a la implementación de la tecnología educativa. Incorporaríamos, si era necesario, los programas más económicos pero costeables para que los alumnos pudieran aprender a través de plataformas educativas. Quizás los programas educativos que integrábamos para que todos los estudiantes realizaran actividades entre semana eran algo común en muchas escuelas ya para principios de la década. Sin embargo, en nuestra organización,

representó todo un reto incorporar el uso tecnológico en el uso diario del proceso educativo. Hoy en día, no es posible potenciar la educación sin tecnología. Si bien para muchos de los profesores de la vieja guardia podría parecer una moda tener computadoras de última generación en las aulas de las escuelas, las personas que se encuentran a la vanguardia en estos temas saben que el apalancamiento de herramientas virtuales impulsa con gran potencia el aprendizaje de las personas. Durante la pandemia de la COVID-19, las organizaciones educativas que estuvieron listas en el tema de la conectividad a distancia lograron mantener y avanzar en los procesos de enseñanza-aprendizaje. En cambio, las instituciones que no estaban adaptadas a este tipo de trabajo tuvieron un sinnúmero de problemáticas para cumplir con sus metas y planes de trabajo. La educación virtual fue una apuesta en la que creo que para bien acertamos.

Esos cuatro ejes, sin lugar a duda, fueron los que permitieron que esta nueva comunidad educativa pudiera ser un espacio real de crecimiento en las parroquias que iba tocando. Poco a poco, la comunidad educativa se fue integrando en cada vez más ciudades, pueblos y regiones del país. Hoy en día, la comunidad se encuentra extendida en línea por diversas ciudades del Bajío, Centro y Norte del país, y para el momento en el que este libro sea publicado, se estará extendiendo a ciudades de Estados Unidos, donde estamos seguros encontraremos esas ganas de superación con las que surgió este pequeño pero afanoso programa de educación.

Tal y como lo hizo Sócrates a la griega, llevando la buena nueva filosófica en cada *polis* que pisaba, así es como la superación humana puede ser promovida. Puedo decir que he visto el poder de transformación de la educación, y es que nuestra existencia puede dejar perplejos a quienes no vislumbran el éxito educativo sin recursos públicos, sin subsidios, sin pagos excesivos. Tal como el antiguo maestro de Atenas demostró a los sofistas que la filosofía podía ser adquirida por cualquiera que tuviera las ganas, ímpetu o al menos la curiosidad de adquirirla, así mismo es la educación. Ella está ahí, esperando ser elegida por aquel que desea quitar la ignorancia de su vida de una vez por todas.

La educación nutre, da vida a la esperanza de la gente, germina paz, armonía y concordia entre los seres humanos, porque una persona que tiene conocimiento siempre sabrá que colaborar es mejor que competir, y que la virtud que brinda aprender cada día algo nuevo te da la oportunidad de esperar eso de las demás personas, aprendizajes.

Paulo Freire decía que no había nadie en el mundo que no tenga nada que compartir y que, a su vez, no hay nadie que tenga tanto conocimiento que no pueda aprender algo nuevo. Bueno, pues este programa no ha dejado de aprender a través de las miles de almas que han pasado por sus salones, patios eclesiales, canchas deportivas, estacionamientos, escaleras o cualquier espacio que fungiría para que un maestro y alumnos pudieran pasar algunas horas del sábado en el proceso maravilloso que se llama educación.

Estoy convencido de que la educación es para quien lucha por ella. He tenido la hermosa oportunidad de ver a gente de 68 años terminar su bachillerato en

nuestro programa, al mismo tiempo que observo cómo un niño de 5 años ya aprende francés en el curso de idiomas. Observo en cada clase que puedo dar los sábados a cientos de jóvenes que en su mirada se quedan expectantes al escuchar las famosas historias sobre Diógenes, los estoicos, Epicuro o los cínicos en mi clase de filosofía. En cada clase se percibe esa curiosa inquietud de buscar en la educación un mejor trabajo y una mejor calidad de vida, pero más allá de eso, esa persona que está haciendo lo posible por aprender, en el fondo, se nota que quiere ser simplemente mejor.

Dentro de los tres ejes de fondo complementarios que permitieron que el programa pudiera avanzar de una forma adecuada ante los problemas de deserción, ausentismo o la realidad económica que enfrenta cualquier organización en la cual la finalidad es que las personas terminen procesos, se integraron en las diferentes etapas diversos talleres y pláticas de escuelas griegas. Ahora me doy cuenta de que estos talleres pueden servir para cualquier institución educativa que desee potencializar el pensamiento crítico de las personas, pero sobre todo brindar herramientas importantes para enfrentar los retos de la vida.

Dicen que la escuela de la vida es la más difícil y, en muchas ocasiones, nos olvidamos de que nuestros alumnos son personas que lidian todos los días con una infinidad de situaciones de las cuales nosotros, como docentes, no tenemos idea. Entender cognitivamente y empáticamente al otro es muy importante a la hora de emprender una travesía en la educación. No hacerlo es otra opción; sin embargo, ver a los alumnos como mercancías o productos automáticos a los que

hay que insertarles programas educativos de memoria no creo que sea el objetivo real de esta área que es la docencia.

A través de diversas charlas y talleres se creó un área dentro del programa que formulara talleres que tuvieran como objetivo llevar temas que sirvieran directamente al área personal de los alumnos. Dentro de estos espacios educativos desde hace ya algunos años, se impartieron temas de diversos filósofos griegos que nos enseñaban a vivir, y sobre todo a poder ser felices. Es extraño que ser feliz sea algo que al parecer todos buscamos, pero no existe ninguna materia que te diga cómo ser feliz. También resulta extraño llevar matemáticas y después teoría de la felicidad. Sin embargo, quizás esta sea la razón por la que hay mucha gente preparada pero muy poco podría decir honestamente que aprendió a ser feliz en la vida.

Hemos llegado al momento culmen del presente libro. Estas serán las páginas en donde te propondré a ti, institución educativa, gubernamental, empresa o a tu familia que desea incorporar una ideología que pueda generar en los miembros de tu organización herramientas para que puedan sentirse, por lo menos, satisfechos en su realización humana y, por lo tanto, puedas erradicar el hiper narcisismo que está destruyendo a las comunidades humanas.